



«A Pesar de mi Pequeñez Puedo Aspirar a la Santidad»

"In Spite of my Smallness I Can Aspire to Holiness"

Fr. Pablo Ferreiro, OCD

pabloferreiro@gmail.com

Instituto Seminario Mayor San José – La Plata – Argentina

Resumen

Históricamente, nuestro Seminario inaugura el año lectivo con una *lectio brevis*, en el contexto del día de San José. La misma está a cargo de un predicador, el cual plantea un tema a elección. Este año, la ponencia estuvo a cargo de Fr. Pablo Ferreiro, carmelita descalzo. En su trabajo, el presbítero nos presenta la vida de Santa Teresita a través de una problemática: ¿Es la santidad un premio para los elegidos?, ¿se llega a ser santo por tener una moral intachable?, ¿fueron los santos personas inmaculadas, como tantas veces creemos? A través del legado espiritual de Teresita, el autor nos ayuda a descubrir la santidad como un camino de integración de las propias miserias con la llamada divina a darse por entero, a "elegirlo todo", todo lo que quiere Dios.

Palabras clave: santidad, Santa Teresita, integración

Abstract

Historically, our Seminary inaugurates the school year with a *lectio brevis*, in the context of St. Joseph's Day. It is given by a preacher, who presents a theme of his choice. Pablo Ferreiro, a Discalced Carmelite. In his work, the presbyter presents the life of St. Therese through a problematic: Is holiness a prize for the elect, does one become a saint by having an impeccable morality, were the saints immaculate persons, as we so often believe? Through the spiritual legacy of Therese, the author helps us to discover holiness as a way of integrating our own miseries with the divine call to give ourselves entirely, to "choose everything", everything that God wants.

Keywords: holiness, Saint Therese, integration

Recibido: 19/03/2023

Aceptado: 19/03/2023

Publicado: 12/2023





Santa Teresa Benedicta de la Cruz, una gran carmelita, mártir, admiradora de Santa Teresita, escribía en 1940 una pequeña meditación para festejar la fiesta de Epifanía. La misma, la redactó en la comunidad carmelita que la había acogido, en Echt, Países Bajos. Consciente de la gravedad del momento histórico, fruto de la expansión del nazismo, Teresa Benedicta nos abre los ojos a realidades que no solemos meditar, pero que son una ayuda invaluable para motivar la más profunda vivencia de nuestra fe cristiana, es decir, para animarnos a vivir la santidad a la que somos llamados en nuestro Bautismo. Dice la santa carmelita:

En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado. (Teresa B. de la Cruz, 2007, p. 637)

Y, continúa explicándonos la urgente necesidad de vivir a fondo nuestro llamado a la santidad:

Hoy vivimos en una época que necesita urgentemente de una renovación desde las fuentes escondidas de las almas íntimamente unidas a Dios. Hay mucha gente que tiene puestas sus últimas esperanzas en esas fuentes de la salvación. Esta es una amonestación muy seria: de cada una de nosotras se exige una entrega total al Señor que nos ha llamado, para que pueda ser renovada la faz de la tierra. En total confianza debemos abandonar nuestra alma a las inspiraciones del Espíritu Santo. No es necesario que experimentemos la “epifanía” de nuestra vida, sino que hemos de vivir en la certeza de fe de que, lo que el Espíritu de Dios obra escondidamente en nosotros, produce sus frutos en el reino celestial. Nosotros los veremos en la eternidad. (p. 637)

Pero, ¿es posible aspirar a la santidad? Estamos acostumbrados a ver las vidas de los santos como algo excesivamente extraordinario, como algo admirable. Pensamos al santo como una especie de superhéroe, como los que vemos en el cine y televisión, quienes nada tiene que ver con nuestra condición humana. A eso, sumamos que confundimos la santidad con la intachabilidad moral, al igual que lo pensaban los fariseos; o con lo milagroso. Esto nos hace creer que la santidad es algo especial, inalcanzable, como si se “nace” santo. Hay que reconocer que muchas biografías de santos han ido en esta dirección. Pero no es esta la enseñanza de la Palabra de Dios ni de la Iglesia.

El Antiguo Testamento señala que la santidad es algo que pertenece a Dios; pero, también nos dirá que el pueblo elegido por Dios participa de esa santidad: «Porque tú eres un pueblo consagrado al Señor, tu Dios: él te eligió para que fueras su pueblo y su propiedad exclusiva entre todos los pueblos de la tierra» (Dt 7,6). «Ustedes serán santos,



porque yo, el Señor su Dios, soy santo» (Lv 19, 2). Se nos deja en claro que la santidad no se debe a méritos propios, sino que es un don de Dios, puro don gratuito de su amor. Esta santidad exige ser acogida por el pueblo elegido, el cual la acepta cada día viviendo la alianza que Dios ha hecho con ellos por medio de Moisés.

El Nuevo Testamento señala que la santidad está unida íntimamente al amor a la persona de Jesús. La santidad del Padre se revela en su hijo Jesucristo, el cual recibe el Espíritu del Padre. Jesús manifiesta esta santidad con su vida, misión, y con la ofrenda de su vida en el sacrificio de la salvación y reconciliación de la humanidad. Por eso es Él, el Hijo, el que santifica: «Por ellos me consagro, para que también ellos sean consagrados en la verdad» (Jn 17, 19).

La santidad de Dios se manifiesta a través de todos los miembros de la Iglesia. Todos los bautizados participan del misterio de Cristo, de su muerte y resurrección. Esta vida pascual, vida nueva que se vive en la cotidianidad, revela su fuerza vivificadora y transformadora que hace presente el Reino de Dios, a la par que desarrolla en su plenitud nuestra condición de creados a imagen y semejanza de Dios. De aquí que san Pablo diga a los cristianos de Tesalónica: «La voluntad de Dios es que sean santos» (1Tes 4, 3).

El Concilio Vaticano II desarrolla ampliamente la llamada de todos los fieles a la santidad. Santidad que se puede dar en todos los estados de vida:

Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre. (LG 11)

Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el espíritu de Dios y, obedeciendo a la voz del Padre, adorando a Dios y al Padre en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, para merecer la participación de su gloria. Según eso, cada uno según los propios dones y las gracias recibidas, debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que excita la esperanza y obra por la caridad. (LG 41)

El papa Francisco, sacando todas las consecuencias de estas afirmaciones, nos dice:

No pensemos solo en los ya beatificados o canonizados. El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente». El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo.



Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad. (GE, 6, 7)

Queriendo reflexionar sobre lo antes citado, podríamos preguntarnos: ¿el Concilio y el papa Francisco han “rebajado” la santidad? Todo lo contrario, han puesto de relieve que se trata del desarrollo de la vida bautismal, la vida teologal y, por tanto, es una vocación que Dios pone al alcance de todos.

Para quienes creen que todo será resultado del esfuerzo voluntarista del hombre, el llamado universal a la santidad y la santidad entendida como don les resulta decepcionante. Pero, lo perciben así, porque no se atreven a sincerarse sobre el fracaso espiritual que experimentan a diario, pues la santidad a la que aspiran no es más que el deseo de la omnipotencia del ser humano, la cual es expresión del pecado de origen del hombre. También, el percibir la santidad como una meta excesivamente distante de las posibilidades reales, o como camuflaje para esconder la inautenticidad de vida, ha llevado a muchos a pensar con escepticismo la posibilidad de ser santos.

Bajo el impulso de la gracia divina, con muchos gestos vamos construyendo esa figura de santidad que Dios quería, pero no como seres autosuficientes sino «como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios» (1 P 4,10). Bien nos enseñaron los Obispos de Nueva Zelanda que es posible amar con el amor incondicional del Señor, porque el Resucitado comparte su vida poderosa con nuestras frágiles vidas... (GE, 18)

En el fondo la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él. (GE, 20)

Santa Teresita ha tenido que atravesar muchos de estos obstáculos para vivir la santidad. La predicación de la época, las palabras de los confesores y las catequesis estaban contaminadas de esa mirada de la santidad como algo inalcanzable, ya que se la interpretaba como resultado de un enorme esfuerzo humano en solitario. Pero, en la vida y experiencia de Teresita, Dios nos ha devuelto a la verdad del Evangelio, a la obra de su gracia y misericordia.

Teresita creció en un hogar profundamente cristiano, tanto que sus padres han sido canonizados. Una anécdota de su infancia, por ella misma referida en su autobiografía, nos permite descubrir el inicio del camino de su santidad. Una de sus hermanas, Leonia, que también está en proceso de canonización, regalaba a sus dos hermanas menores Celina y Teresita, una muñeca y unas telas para hacerles vestidos a las mismas. Celina se



quería quedar con algunos de estos retazos, en cambio Teresita los quería todos. Oigamos a la protagonista:

Tras un momento de reflexión, yo alargué a mi vez la mano, diciendo: «¡Yo lo escojo todo!», y tomé la cesta sin más ceremonias... Este insignificante episodio de mi infancia es el resumen de toda mi vida... Comprendí que en la perfección había muchos grados, y que cada alma [10vº] era libre de responder a las invitaciones del Señor y de hacer poco o mucho por él, en una palabra, de escoger entre los sacrificios que él nos pide. Entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: «Dios mío, yo lo escojo todo. No quiero ser santa a medias, no me asusta sufrir por ti, sólo me asusta una cosa: conservar mi voluntad. Tómala, ¡pues "yo escojo todo" lo que tú quieres...! (Ms A 10 rº y 10 vº, 1996)

A pesar de esta buena disposición hacia la santidad, la cual unifica su vida y concentra sus fuerzas, Santa Teresita tendrá, sin embargo, que luchar con sus propias fallas y, especialmente, tendrá que sanar su inmadurez. Deberá, como ella misma dijo, «dejar los pañales de la infancia», lo cual se manifestaba en su sensibilidad irritante, su timidez y necesidad de ser el centro de todo.

Fue la noche de Navidad de 1886, cuando la palabra de su propio padre contribuyó a hacerle dar este paso liberador, palabra que provocó las lágrimas de dolor en Teresita, pero que le permitieron volverse dueña de su ser. Por eso podemos decir, que quien hoy busca crecer y sanar sus heridas, por fidelidad a la llamada divina a la santidad, debe hacer uso de las ayudas humanas que tiene a su disposición, porque, como dice San Juan de la Cruz: «todo lo que se puede hacer por industria y consejo humano no lo hace él» (2S 22, 13, 1993).

Sigamos caminando en el itinerario espiritual de Teresita. Apenas ingresada en el Carmelo, comenzaba a darse cuenta que la santidad no es algo que está bajo el control de uno mismo. Tuvo la suficiente lucidez para descubrir su miseria:

Al principio de mi vida espiritual, hacia los 13 ó los 14 años, me preguntaba qué progresos tendría que hacer más adelante, pues creía que no podría comprender ya mejor la perfección. Pero no tardé en convencerme de que cuanto más adelanta uno en este camino, más lejos se ve del final. Por eso, ahora me resigno a verme siempre imperfecta, y encuentro en ello mi alegría... (De Lisieux, Ms A 74 rº, 1996)

En su vida, la santa tuvo que recorrer un largo camino de constatación de la propia miseria y pequeñez humana. Una miseria y pequeñez que no sólo tendrá que aceptar sino también amar:

Te equivocas, amiga mía, si crees que tu Teresita recorre siempre ilusionada el camino de la virtud. Ella es débil, muy débil, y experimenta a diario esa triste realidad. Pero, María, Jesús se complace en enseñarle, como a san Pablo, la ciencia de gloriarse en sus



enfermedades. Es ésta una gracia muy grande, y pido a Jesús que te la enseñe, porque sólo ahí se encuentra la paz y el descanso del corazón. Cuando una se ve tan miserable, no quiere ya preocuparse de sí misma y sólo mira a su único Amado... (Carta a María Guerin, 27-29 de julio de 1890)

Este reconocimiento va forjando en ella la humildad. No es otra cosa que la aceptación de la verdad personal, pero sin derrotismo ni cinismo, sino con una aceptación que está abierta en la esperanza, lo cual se da porque deja de mirarse a sí misma, para esperarlo todo del amor salvífico del Señor. Esta humildad que ella cultivó, es la que nos hermana, pues nos coloca a la par con los demás. Cuando el deseo de santidad no es acompañado por el descenso de la humildad, se convierte en una insoportable soberbia camuflada. Este vicio hace que la persona desprecie a los otros, que llene su corazón de odio y de ira, sobre todo hacia aquellos que pueden decir una palabra, tener un gesto o actitud diferente a lo que ellos piensan, o bien hacia aquellos que hayan logrado una libertad que ellos no poseen.

Hacia el final de su vida, cuando experimentó la noche oscura de la fe, Teresita comprendía fraternalmente a los pecadores. No los miraba desde arriba, desde la complacencia de sentirse buena, como escandalizada por el pecado ajeno y rogando por su conversión. La humildad la orienta a sentirse hermana, tan pecadora como los demás. Aunque no coincidan sus faltas, ella se sentía en comunión con ellos, por eso se sienta en la mesa de los pecadores, esperando siempre la justificación de parte del Señor. Ella se hacía eco de lo expresado por el publicano en su oración, la cual es narrada en el evangelio de San Lucas, y decía:

Pero tu hija, Señor, ha comprendido tu divina luz y te pide perdón para sus hermanos. Acepta comer el pan del dolor todo el tiempo que tú quieras, y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día que tú tienes señalado... ¿Y no podrá también decir en nombre de ellos, en nombre de sus hermanos: Ten compasión de nosotros, Señor, porque somos pecadores...? ¡Haz, Señor, que volvamos justificados...! Que todos los que no viven iluminados por la antorcha luminosa de la fe la vean, por fin, brillar. (Teresa de Lisieux, Ms C 6 r°, 1996)

Su escrito no es otra cosa que el asumir su propia miseria y finitud. Esto, como decíamos, le permite hermanarse con todos los hombres, sin excepción y, a la vez, la abre totalmente al sentimiento más profundo del corazón de Dios, es decir, a la misericordia. Cuando se llega a la visión más profunda de nuestra miseria y pobreza es cuando se comprende y agradece la infinita misericordia de Dios. Pero esta misericordia no nos desvía hacia la ingratitud del relativismo moral. Todo lo contrario, enciende en nosotros el deseo de responder a tan gran muestra gratuita de amor. Esta vez, dejando de lado toda necesidad de protagonismo egocéntrico. La respuesta se busca en los mismos términos del amor divino. Es que la misericordia ha hecho comprender el abismo de la propia miseria ontológica y, a la vez, ha revelado que ese amor salvador no descarta al hombre, pero sí lo reubica en el lugar de colaborador. La aceptación de esta acción de la



misericordia en nuestra vida nos sumerge en la más radical humildad, la que Dios necesita para poder obrar en nosotros la santidad.

¡Por qué caminos tan diferentes, Madre, lleva el Señor a las almas! En la vida de los santos, vemos que hay muchos que no han querido dejar nada de sí mismos [2vº] después de su muerte: ni el menor recuerdo, ni el menor escrito; hay otros, en cambio, como nuestra Madre santa Teresa, que han enriquecido a la Iglesia con sus sublimes revelaciones, sin temor alguno a revelar los secretos del Rey, a fin de que sea más conocido y más amado de las almas.

¿Cuál de estos dos tipos de santo agrada más a Dios? Me parece, Madre, que ambos le agradan por igual, pues todos ellos han seguido las mociones del Espíritu Santo, y el Señor dijo: Decid al justo que todo está bien. Sí, cuando sólo se busca la voluntad de Jesús, todo está bien. Por eso, yo, pobre florecita, obedezco a Jesús tratando de complacer a mi Madre querida. (de Lisieux, Ms C 2 vº i, 1996)

Después de descubrir la diversidad de la obra de la misericordia en la vida de los hombres, Teresita propone un camino enteramente nuevo:

Usted, Madre, sabe bien que yo siempre he deseado ser santa. Pero, ¡ay!, cuando me comparo con los santos, siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar. Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no puede inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo. (de Lisieux, Ms C 2 vº i, 1996)

Le llevó muchos años, desde su adolescencia hasta el momento en que escribió la anterior cita, pocos meses antes de su muerte, comprender que Dios estaba más interesado en su pobreza y miseria que en sus virtudes. La misma Teresita, citando al profeta Isaías, nos dirá que nuestras virtudes están “manchadas”, contaminadas, por nuestra pretensión de autoafirmarnos ante Dios, del que aún desconfiamos.

La persona que tiene una radical humildad escucha la palabra de Dios, en ella descubre el camino de la santidad, el cual ofrece a toda la Iglesia:

Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección.

Entonces busqué en los Libros Sagrados algún indicio del ascensor, objeto de mi deseo, y leí estas palabras salidas de la boca de Sabiduría eterna: El que sea pequeñito, que venga



a mí. Y entonces fui, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y queriendo saber, Dios mío, lo que harías con el que pequeñito que responde a tu llamada, continué mi búsqueda, y he aquí lo que encontré: Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo; os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os meceré.

Nunca palabras más tiernas ni más melodiosas alegraron mi alma ¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más. (de Lisieux, 3^o s, 1996)

En primer lugar, dice Teresita que siempre ha deseado la santidad. Esto es importante. A pesar de los fracasos espirituales, jamás desistió ni dejó de creer en la llamada universal a la santidad. Mirando de frente su propia impotencia, no abandonó ésta búsqueda, la realidad no la apartó de la confianza en la misericordia de Dios. Lo que hizo fue mantener juntas la constatación de su miseria y su aspiración a la santidad. Como ejemplo de esto nos ofreció la genial metáfora del ascensor divino, antes citada.

Para comprender esta metáfora hace falta tener presente que la santidad era presentada, en su tiempo, como una escalera muy difícil de subir o como la escalada a un alto monte de perfección. Esto generaba una idea de que la santidad era posible solamente para ciertas almas especiales, como si fueran solo para una aristocracia de almas privilegiadas, las cuales podían realizar esta aspiración. Nada más falso que ésta visión. La Sagrada Escritura nos habla siempre de «camino». Según san Lucas a los cristianos se les decía «seguidores del camino». El Carmelo Teresiano, también habla de «Camino de Perfección». Y aunque San Juan de la Cruz habla de «Subida al Monte de la Perfección», al describirlo termina mostrando un camino y no tanto una escalada a la montaña.

La metáfora del ascensor puede encontrar su fundamentación en la parábola del fariseo y el publicano del evangelio de san Lucas (Lc 18, 9-14). El fariseo se jactaba de sus obras, de no ser como los demás, no era como el publicano que acaba de ver en el templo. Evidentemente, la espiritualidad del fariseo es expresión de la autorreferencialidad que aísla, pues no reconoce a nadie como hermano. Pero también es falsa, ya que quien sube los peldaños de esta escalera se engaña a sí mismo, porque no conociendo a ciencia cierta su miseria, ni agradece los frutos gratuitos que la misericordia ha producido en él.

En cambio, el publicano de la parábola muestra la verdad de su espiritualidad: conoce y confiesa humildemente su miseria, y lo espera todo de la misericordia de Dios. Y, efectivamente Jesús confirma que es este, y no el fariseo, se fue justificado. Aunque no parezca, el «camino nuevo», el «ascensor», que refiere Teresita son conceptos inspirados en el sistema doctrinal de San Juan de la Cruz.

Teresita no se apoyó, después de este descubrimiento, ni en sus obras, ni en su generosidad. Sólo confiaba y se apoyaba en la misericordia de Dios. Cuando Dios revela a alguien su amor absoluto, este experimenta que no necesita tener la última palabra sobre sí mismo. Así, espera en la Salvación del Dios que nos justifica gratuitamente por la fe en Él. La confianza sitúa a la persona en la gratuidad del amor de Dios que nos acepta como somos, nos perdona y nos devuelve nuestra dignidad intacta. La confianza descansa



pasado, presente y futuro en el corazón del Padre, que cuida de cada uno de nosotros. La confianza es libertad de amor, inmediatez de relación con Dios, transparencia de hijo.

Es preciso recordar que Teresita no está alentando una especie de quietismo espiritual. El amor ha resituado el lugar de las obras: no están para apropiarse de Dios, ni para ganar su perdón que es gratuito, ni para autojustificarnos como el fariseo. Las obras son expresión de haber acogido su amor, las obras son amor que responde a su amor. Así le decía a una de sus novicias María de la Trinidad:

Pues bien: sé como ese pequeñito. Por la práctica de todas las virtudes levanta continuamente tu piecito para subir la escalera de la santidad y, sin embargo, no te imagines poder ni siquiera el primer peldaño, no. Pero Dios no te pide más que tu buena voluntad. (Consejos y Recuerdos por Santa Teresita Doctora de la Iglesia II, 9)

Y su hermana Celina, también novicia le decía:

Hay que hacer todo cuanto está en nosotras, dar sin medida, renunciarse continuamente: en una palabra, probar nuestro amor por medio de todas las buenas obras que están en nuestro poder... pero al fin de cuentas, todo esto es bien poca cosa... es necesario cuando hayamos hecho todo lo que creemos deber hacer confesarnos “siervos inútiles”, esperando, no obstante que Dios nos dé por gracia lo que deseamos. He aquí lo que esperan las almas pequeñas que “corren” por el camino de la infancia. Digo “corren” no “descansan”. (Consejos y Recuerdos por Santa Teresita Doctora de la Iglesia II, 46)

La impotencia no es razón para que no intentar. Todo depende de la calidad del amor. El que protesta porque no puede, y se sienta en el escalón, muestra que no ama de verdad. Así que Teresita nos invita a insistir, una y otra vez, en subir, aunque sea gateando. Pero, el secreto no está en si se logra subir o no, sino en la confianza incondicional en el amor de su padre. El niño sabe, de antemano, que el padre lo quiere, y él mismo bajará, lo tomará en sus brazos y lo subirá a lo alto.

El 19 de octubre de 1997, pocos días después de haberse cerrado el centenario de la muerte de Santa Teresita, el papa san Juan Pablo II la proclamaba doctora de la Iglesia. En la Carta apostólica que precedió a esta solemne proclamación, el papa decía:

Santa Teresa del Niño Jesús no sólo es, por su edad, la Doctora más joven de la Iglesia, sino también la más cercana a nosotros en el tiempo; así se subraya la continuidad con la que el Espíritu del Señor envía a la Iglesia sus mensajeros, hombres y mujeres, como maestros y testigos de la fe. En efecto, a pesar de los cambios que se producen en el decurso de la historia y de las repercusiones que suelen tener en la vida y en el pensamiento de los hombres de las diversas épocas, no debemos perder de vista la



continuidad que une entre sí a los Doctores de la Iglesia: en cualquier contexto histórico, siguen siendo testigos del Evangelio que no cambia y, con la luz y la fuerza que les viene del Espíritu, se hacen sus mensajeros, volviendo a anunciarlo en su integridad a sus contemporáneos. Teresa es maestra para nuestro tiempo, sediento de palabras vivas y esenciales, de testimonios heroicos y creíbles. Por eso, es amada y aceptada también por hermanos y hermanas de otras comunidades cristianas e incluso por muchos no cristianos. (DAS, 11)

Teresita nos ofrece un camino eminentemente evangélico, en consonancia con la tradición de la Iglesia. Un camino seguro y accesible a todos. Un camino esperanzador desde la propia verdad personal. Por eso podemos suscribir sus propias palabras:

Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud (de Lisieux, Ms. B 1° v , 1996).



Referencias

- de Lisieux, T. (1996). *Carta a María Guerin, 27-29 de julio de 1890*. Editorial Monte Carmelo.
- de Lisieux, T. (1996). *TERESA DE LISIEUX. Obras completas*. Editorial Monte Carmelo.
- de Lisieux, T. (1953). *Consejos y Recuerdos por Santa Teresita Doctora de la Iglesia II*. Editorial Apostolado Mariano.
- FRANCISCO. (2018). *Exhortación apostólica Gaudete et Exultate sobre el llamado a la santidad en el mundo actual*.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html
- JUAN PABLO II. (1997). *Carta apostólica Divini Amoris Scientia, con la que se declara doctora de la Iglesia universal a Santa Teresa del niño Jesús y de la santa faz*.
https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1997/documents/hf_jp-ii_apl_19101997_divini-amoris.html
- PABLO VI. (1964). *Constitución Dogmática Lumen Gentium sobre la Iglesia*.
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html
- San Juan de la Cruz. (1993). *Subida al Monte Carmelo II*. Editorial de Espiritualidad.
- Teresa B. de la cruz. (2007). *Vida escondida y epifanía, obras Completas V*. Editorial Monte Carmelo.